

UN DIA DE SUERTE

Apostador compulsivo, Jacobo Luque había llegado hasta el extremo de cambiar su nombre para figurar en los círculos del juego. Se hacía llamar Jack Lucky. Jack, como el Black Jack y Lucky, como afortunado, en inglés. Su nombre empero no le servía de nada a la hora de apostar. Era un perdedor nato, aunque jamás resignado. Cada vez que entraba a un casino lo hacía con la certeza de que lograría recuperar las pérdidas de toda su vida, pero al salir lo único que tenía era la convicción de que al día siguiente volvería a probar suerte.

Jack trabajaba como empacador en un supermercado, era uno de los múltiples empleos que había ocupado desde que empezó a apostar. Prácticamente cada mes se veía sin trabajo debido a su afición. Gastaba todo el escaso dinero que recibía en su pasatiempo. Cuando no tenía fondos pedía a su esposa, quien vendía cosméticos puerta a puerta para sobrevivir. Cuando su esposa estaba ilíquida, requería a su anciana madre, quien dependía de una nunca justa, siempre insuficiente... jubilación. Si de ella tampoco podía obtener nada, recurría a su hija de seis años, a quien los tíos solían obsequiar dinero. Cuando ninguna de sus tres mujeres podía subsidiar su execrable vicio, Jack se tornaba violento. Dominado por la ira pateaba a su compañera, abofeteaba a su mamá y halaba el cabello a su pequeña. Cuando las torturas no daban resultado salía a la calle, entonces mendigaba.

El juego favorito de Jack era la ruleta. Pasaba horas enteras ensimismado, calculando el número y el color de la casilla donde caería la esfera. Solo se decidía a apostar cuando sus lucubraciones le indicaban que era el momento preciso para ganar, entonces ponía todas sus fichas sobre la mesa, esperando

que el azar le sonriera. Invariablemente perdía. Si tenía la fortuna de su lado quedaba en tal estado de éxtasis que no podía evitar seguir jugando. Hasta que de nuevo la pelota se detenía en una casilla no prevista y su dinero escapaba, junto con sus ilusiones de recuperar lo perdido.

Un domingo, mientras analizaba detalladamente las acciones de los apostadores en la mesa de póker, sintió que alguien lo observaba. Buscó el origen de su presentimiento entre los tahúres y curiosos apostados en la mesa, pero no obtuvo resultado alguno. Dirigió su mirada a la ruleta, pero en ese instante no había nadie. Cada vez más oprimido por la sensación de ser espiado, escudriñó el pasillo que formaban las máquinas tragamonedas. Entonces lo vio. Un hombre cadavérico que al saberse descubierto huyó trastabillando torpemente al salir del casino. Intrigado por tan singular arcano, Jack salió en pos del atisbador que se confundió entre la multitud que deambulaba por la calle. No obstante, antes de perder al hombre, Jack notó que este dejaba caer descuidadamente una tarjeta comercial cuyo mensaje llamó su atención:

¿ESTA CANSADO DE JUGAR A PERDER?

PANDORA'S CLUB - CASINO

Las mejores máquinas tragamonedas

MULTIPLIQUE SU SUERTE

Calle del Agrado, Avenida Quinta No. 26

El casino quedaba doblando la esquina de su casa. Jack guardó descuidadamente la tarjeta en su bolsillo y regresó al casino. Apostó todo su dinero en los hipódromos mecánicos. Perdió. Rompiendo la rutina de tomar un par de tragos por cuenta de la casa tras la derrota, decidió regresar a su hogar. Al llegar se acostó a

dormir con la tranquilidad de un niño recién nacido. Durmió una hora y al despertar cenó con su familia. Luego vio el noticiero de las nueve, entró al baño y para sorpresa de las mujeres de la casa se puso el pijama, dispuesto a seguir durmiendo.

Tuvo un sueño extraño. Soñó que al entrar al casino de Pandora las máquinas escupían miles de monedas de oro, que ante su estupor inundaban el pasillo, lleno a su vez de jugadores que al presentir su entrada se quedaron mirándolo fijamente. Todos parecían clones suyos. Cada poro de su piel se veía reproducido en los extravagantes dobles, que tras recuperarse de la sorpresa, dieron la espalda a Jack y siguieron introduciendo monedas con la misma vehemencia con que él esperaba la bola ganadora. Atraído por la escena, Jack decidió preguntar a una de sus copias donde podía conseguir las monedas de oro que requería la máquina. El duplicado giró la cabeza. No tenía ojos. Su boca esbozaba un mohín estúpido. Jack ahogó un grito de terror, tras el cual despertó sudando.

Eran las once y treinta de la noche. Jack se vistió rápidamente y pidió dinero a su mujer. No tenía. Paso al cuarto de su madre, quien despertó sobresaltada, le pidió dinero. No tenía. Abrió de un empujón la alcoba de su hija pidiendo dinero. No tenía. Poseído por la cólera pateó a su esposa, abofeteó a su madre y jaló el cabello de su hija. En el paroxismo de su exacerbada locura vació la cartera de su esposa, el cajón de la mesita de su madre y rompió la alcancía de su hija. No había billete ni moneda alguna que pudiera servirle.

Desesperado por la ineficacia de su pesquisa salió a la calle en busca de una solución. Caminó por la Avenida Quinta, vio a un pordiosero. Era un anciano paralítico cuya silla de ruedas era dificultosamente arrastrada por su nieto, un niño

sordomudo. Inmerso en su desfachatez amordazó al niño y ató al anciano a su silla. Luego esculcó los bolsillos de los dos mendigos, tomó las monedas y huyó hacía el casino.

Al entrar se sorprendió. Contrariando su expectativa, en el local no había ningún cliente. En el pasillo de las máquinas había un letrero escrito con letras góticas:

CAMBIE SUS MONEDAS POR
FICHAS EN LA VENTANILLA

Se acercó a la caja. Atendía el mismo hombre cadavérico que había visto anteriormente. Sin mediar palabra Jack puso las monedas sobre el mostrador. Recibió a cambio un recipiente lleno de fichas doradas. Eran semejantes a las de su sueño. Las expectativas eran buenas. Pronto las máquinas escupirían sus tesoros.

Caminó entre los artefactos de juego con la misma abstracción con que solía observar la ruleta antes de apostar. Las máquinas eran convencionales, excepto por las fichas con que se alimentaban. Sin embargo, al fondo había una muy particular. Tenía tres metros de altura por uno y medio de ancho. Era enorme. Los dibujos de las bandas del premio representaban pequeños instrumentos de tortura. La mayor recompensa se obtenía cuando el único número en la serie de gráficos se detenía paralelamente en las tres cenefas. Macabro, pero curioso.

Jack sonrió. Se paró frente a la máquina e introdujo una moneda. Lo hizo con fuerza, pensando que la energía de éste acto le permitiría ganar. En ese instante la música inundó el recinto. Era una melodía de Pink Floyd que empezó a repetirse una y otra vez:

Money, get away

Get a good job with more pay and make you're O.K.

Jack sintió un pellizco en su dedo índice. Desapareció un trozo de su piel. Brotó sangre. Jack profirió una maldición y bajó la palanca... perdió.

Money it's a gas

Grab that cash with both hands and make a stash

Jack introdujo otra moneda con fuerza. Sintió otro pellizco en su dedo. Desapareció otro trozo de su piel. Brotó mas sangre. Profirió otra maldición y bajó la palanca... perdió.

New car, caviar, four star daydream,

Tink I'll buy me a football team.

Una nueva moneda. Otro pellizco. Un poco mas de piel. Mas sangre. Otra maldición, de nuevo la palanca... perdió

Money get back

I'm alright Jack keep your hands off my stack.

La moneda. El pellizco. Un jirón de carne del dedo. Sangre a borbotones. La maldición y la palanca... perdió.

Money it's a hit

Don't give me that do goody good bullshit

Mas monedas. Nuevos pellizcos. Trozos de carne arrancados. Maldiciones repetidas, la palanca bajada con furia... nuevas pérdidas.

I'm in the hi-fidelity first class travelling set

And I think I need a Lear jet

La mano derecha de Jack desapareció por el orificio de la máquina. Empezó a introducir monedas con la otra mano. Esta también fue desapareciendo por el orificio. Jack maldecía sin parar, bajaba la palanca con enojo... y perdía.

Money it's a crime

Share it fairly, but don't take a slice of my pie

El cuerpo de Jack continuó siendo devorado por el aparato. Centímetro a centímetro, su cuerpo fue presa de los pequeños pero afilados bordes del agujero por el que debían introducirse las monedas. Pese a la dificultad propia de su condición Jack introducía monedas, maldecía, bajaba la palanca... y perdía.

Money so they say

Is the root of all evil today

Tan solo quedaba un sanguinolento manojito de tejidos medulares que reptaba por la máquina introduciendo monedas, perdiendo porciones cada vez mayores de sí mismo, siseando maldiciones, bajando la palanca... y perdiendo. Cuando el último pedazo del cuerpo de Jack – la retina de su ojo derecho- se hubo introducido por la ranura, la palanca de la máquina bajó como por encanto.

Las bandas de premio rodaron. La primera se detuvo en el número seis. La segunda también lo hizo. Lo mismo ocurrió con la tercera. Se encendió una luz sobre la máquina. Victoria.

But if you ask for a rise it's no surprise that they're

Giving none away

La máquina vomitó el premio mayor. Cientos de pequeños Jacksitos que una vez se vieron libres salieron corriendo a buscar a la esposa, la madre, la hija o cualquier transeúnte desprevenido que les diera dinero para continuar jugando.